

Por lo general, los viajeros no las han celebrado bastante. Si el arqueólogo encuentra monumentos que le admiran bajo el punto de vista arquitectónico, rara vez hallará el artista restos de esta importancia dentro de un paisaje tan bello; y en ninguna parte sentirá el poeta impresiones más melancólicas. Bien podríamos, con el lápiz en la mano, pasar en Nicea semanas deliciosas.

Las circunstancias que precipitan nuestra marcha, no nos permiten saborear plenamente estas bellezas. Hemos sin embargo permanecido aquí dos días y aprovechado este breve tiempo para recoger una gran cosecha de imperecederos recuerdos.

## IV.

Nicea.—El concilio.—Las cruzadas.—Situación actual.—De Nicea a Yeni-Scheher.

Construida por Antígono, pocos años después de la muerte de Alejandro Magno, Nicea debería ofrecer al observador algunos indicios del clásico arte griego, si el tiempo, los terremotos, la invasión de los escitas y otros bárbaros, las asolaciones ocasionadas por numerosos siglos, no hubieran destruido enteramente sus monumentos primitivos. Menester es rebuscar los fragmentos incrustados en los edificios más modernos, especialmente en los muros del recinto, para los cuales han suministrado materiales aquellas preciosas ruinas. Aquí una caña de columna forma el dintel de una portada; allí un capitel corintio queda a descubierto por un hundimiento casual; más lejos lienzos enteros de muralla están revestidos de piedras tumularias, ó hechas completamente de fragmentos de pilastras y arquivadas.

Roma, y más tarde Bizancio, cubrieron con una nueva capa de rotos monumentos el suelo conquistado del Asia Menor. El teatro de Nicea es contemporáneo de Plinio el Joven, quien en sus cartas da á Trajano pormenores sobre la construcción de este edificio. En el día es una masa confusa de bóvedas, de gradas, de gruesas piedras labradas, entre las cuales se hace lugar una vegetación poderosa. Está en un punto culminante, desde donde se domina el lago y parte de las ruinas.

Dos de sus puertas principales, la de Stambul y la de Lefké, están acompañadas de arcos triunfales de mármol blanco, erigidos en tiempo del emperador Adriano. Los trabajos de defensa de que se les rodeó en la edad media, y la elevación del terreno, perjudican á la belleza de sus proporciones.

La época bizantina está representada por monumentos más numerosos. Hablaremos desde luego de las murallas, tan curiosas relativamente al arte de las fortificaciones, como interesantes por el recuerdo de las grandes luchas de que fueron testigos.

Existen casi en todo su perímetro y presentan un desenvolvimiento de más de 4,000 metros. Su construcción primitiva debe remontarse al siglo IV; pero han sufrido aumentos y modificaciones sucesivas, que certifican muchas inscripciones. Compónense de un recinto doble; el *maenium* y el *agger*, éste más elevado que el otro, y están flanqueados en todo por doscientas ochenta y tres torres, la mayor parte de ellas redondas y las demás cuadradas.

La masa que constituye estas murallas, lleva un revestimiento de ladrillos dispuestos horizontalmente, ó diversamente inclinados, alternando algunas veces con hileras de piedra labrada para dibujar un raro mosaico. Las almenas que las coronaban han desaparecido casi completamente.

El Bajo Imperio dotó á Nicea de muchas iglesias: una de ellas, que sirve aun de catedral á los griegos, parece datar del siglo XII, y está decorada de interesantes pinturas. Otra (Aghia-Sophia) ha perdido su cúpula y sus bóvedas; pero aun ofrece un aspecto imponente y deja ver algunos restos de mosaico al través del ramaje de las higueras que la han invadido.

Algunos autores han querido buscar aquí el lugar donde se sentaron los Padres del primer concilio: esta suposición podría ser verosímil, respecto del segundo Concilio de Nicea (788); pero se sabe que la primera de estas asambleas tuvo sus sesiones en el palacio imperial, del que no existe ya ningún vestigio. Por otra parte, la iglesia Aghia-Sophia, ofrece aun caracteres arquitectónicos que no permiten atrasar su origen más allá del siglo VI, como lo ha probado perfectamente Mr. Fexier: hay pues que atribuir su construcción á Justiniano.

Los sultanes no han tenido por su parte menos cuidado en decorar á Nicea. Los seljudicidas de Icoño introdujeron aquí aquel gracioso estilo, mezclado de elementos indios, persicos, bizantinos, que llaman vulgarmente árabe. Los primeros príncipes de la familia de Osman tuvieron el buen gusto de respetar sus tradiciones, y créese ver un reflejo de Bagdad, cuando después de haber pasado la puerta de Lefké, aparece repentinamente brillando por encima de las sombrías masas que presentan las otras ruinas, el minarete de loza esmaltada de la *Yechil-Djami* (1), donde los más vivos matices, rojos, verdes, azules, rivalizan en esplendor y frescura.

Esta mezquita es una verdadera joya: las balastradas que forman el pórtico y los arabescos grabados en el mármol blanco de la fachada, pueden sostener la comparación con las más graciosas creaciones del genio de los moros españoles. Lástima que tan precioso monumento haya caído en tal estado de abandono.

(1) Mezquita verde.

La *Yechil-Djami* sin embargo está aun consagrada al culto: depende de un *Medressé* (1), donde moran una docena de *softas* (2). Estos pobres jóvenes ocupan una serie de celdillas situadas en derredor de un jardín, cuyo cuarto lado es la mezquita, y en ellas se dedican al estudio del Koran con todas las apariencias de una profunda melancolía.

A poca distancia están las ruinas de un vasto y bello edificio coronado de muchas cúpulas y construido de piedra y ladrillo: era una casa de baños.

Sabido es que los musulmanes dan una gran importancia á los establecimientos de este género y no creen poder desplegar en ellos demasiado lujo. Una inscripción colocada en el fondo del pórtico que precede á estos baños, nombra á su fundadora Nilufer, hija del sultán Mourad, hijo de Orkan: su fecha es del año 790 de la hégira (1388).

La *Yechil-Djami*, tiene también grabado en su fachada el nombre de su fundador, el famoso Vizir Khayr-Eddin el vencedor de Salónica: su fecha es diez años anterior que los baños.

En medio de estas ruinas de edificios paganos, cristianos, musulmanes, en que abundan los contrastes, surgen aun las arcadas ojivales, las balastradas los minaretes de algún *imarel* (3) ó mezquita. Describirlos sería caer en repeticiones; pero esta riqueza de detalles constituye la grandeza de conjunto del gran cuadro que presentan las ruinas de Nicea. Después de haberla contemplado, se siente la necesidad de ojear lo que los historiadores han escrito sobre esta ciudad.

Sus grandezas y sus infortunios antes del siglo IV no la distinguen de tantas otras ciudades, cuyos príncipes, hechos de los generales de Alejandro, se disputaron por tanto tiempo su posesión y que los romanos les arrebataron después, inaugurando para ellas como para todos los municipios, una era de prosperidad que no tiene eco en la historia.

Nicea llega á sobresalir entre todas las ciudades, cuando Constantino, queriendo poner término á la profunda escisión producida en el seno de la Iglesia y del Imperio por la herejía de Arrio, la designa á todos los obispos de la tierra habitable, según la expresión de Eusebio, para celebrar en ella las primeras grandes juntas de la cristiandad.

El emperador proveyó á los gastos de viaje de todos los prelados, poniendo á su disposición carruajes y acémilas para ellos y sus séquitos.

A mediados de junio del año 325 más de trescientos obispos se habían reunido en Nicea. Allí se encontraron aquellos confesores, restos de las santas

(1) Escuela religiosa.

(2) Estudiantes.

(3) Hospicio, ó más bien cocina pública, donde se distribuyen raciones á los estudiantes y á los mendigos.

falanjes que habían arrostrado las persecuciones, y cuyos gloriosos nombres eran pronunciados con respeto desde el uno al otro confin del Imperio. Sus colegas y el pueblo todo, se apresuraban á su encuentro, llenos de emoción. Al lado de ellos, una generación de doctores llevó al Concilio las luces de las sagradas letras. Osio de Córdoba, delegado del papa Silvestre, y el gran Atanasio, brillaron allí en primera línea.

El emperador llegó á principios de julio, y al día siguiente presidió la primera sesión del Concilio, vestido de púrpura resplandeciente de pedrería y sentado en una silla de oro.

Su historiador Eusebio, obispo de Nicomedia, fue encargado de cumplimentarlo, y nos conservó el discurso que pronunció el emperador. Hélo aquí:

«Cuando por el concurso y voluntad del Todopoderoso hube triunfado de mis enemigos, pensaba que no me quedaba ya que hacer más que alabar á Dios y regocijarme con aquellos que había libertado por mi mano. Pero así que he sabido la división ocurrida entre vosotros, he juzgado que es un negocio muy urgente que no debe aplazarse, y deseando traer también remedio á este nuevo mal, os he convocado á todos sin tardanza. ¡Gran júbilo es para mí asistir á vuestra reunión!... No tardeis, oh amigos míos, oh ministros de Dios, oh servidores de un Señor y Salvador común, no tardeis en hacer desaparecer toda raíz de discordia...»

Arrio fue oído muchas veces durante el curso de las conferencias, que duraron seis semanas y dieron por resultado una declaración solemne que firmaron todos los obispos, excepto dos, y cuyos términos resumidos en una sencilla fórmula, y completados en el siglo siguiente por el Concilio de Constantinopla, constituyen el símbolo que, desde entonces hace parte de los cantos del oficio divino.

Antes de separarse, arreglaron aun los Santos Padres en veinte cánones diversos algunos puntos de fe y de disciplina, entre otros la fijación del día en que debía celebrarse la fiesta de Pascuas.

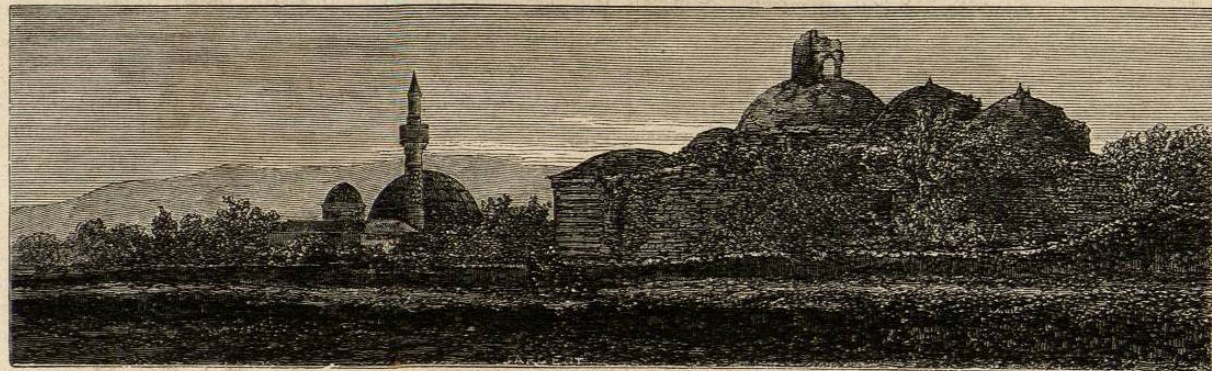
Quiso Constantino que la disolución del Concilio coincidiese con la celebración del vigésimo aniversario de su advenimiento al trono imperial, y al efecto invitó á todos los obispos á una gran comida, durante la cual se le vió muchas veces levantarse para ir á besar las santas cicatrices de los confesores, y dió en esta ocasión fiestas tan espléndidas, que al decir de Eusebio, tenían más de ideal que de realidad.

A los cuatro siglos Nicea recibió aun dentro de sus muros trescientos sesenta y siete obispos, la mayor parte de la Iglesia de Oriente, y los legados del papa Adriano, para arreglar una diferencia que no había agitado menos el mundo; que las discusiones suscitadas por el arrianismo. Este Concilio, el VII ecumé-

nico, definió la doctrina de la Iglesia relativamente al culto de las imágenes.

Pero á estos recuerdos de grandeza pacífica, viene á mezclarse el estrépito de las luchas más terribles. Las primeras son las incursiones de los califas árabes, cuyos esfuerzos se quebrantan contra sus murallas; después, á fines del siglo XI, la victoriosa agresión de los turcos *seljucidas* que se la arrebataban á los emperadores de Bizancio, para hacer de ella la plaza de armas desde donde extienden sus conquistas hasta las costas de la Propóntide.

En breve van á aparecer los guerreros de Occidente; pueblos enteros se conmueven y levantan para ir á conquistar el sepulcro de Cristo y secar en su origen el torrente invasor del islamismo. Sesenta años antes que la guerra santa sea predicada, uno de los ilustres barones de Francia, el duque de Normandía, Roberto



Nicea. Mezquita Verde (Yechil-Djami) y ruinas de los baños.

Vermandois, de Flandes, de Blois y de Tolosa, quinientos mil peones y cien mil ginetes, pertenecientes á diez y nueve naciones y lenguas diferentes, llegan á vista de Nicea el año siguiente (1097).

Este ejército no había encontrado enemigos desde Nicomedia. Siguiendo la costa, salvando luego la cadena del Arganthon (Katerli-Dagh) atraviesa con gran trabajo un país (dice el cronista Roberto el Monge) *enteramente impracticable por los obstáculos que presentaban las cimas de las montañas y las honduras de los valles*. Cuatro mil hombres armados de hachas habían precedido al ejército para franquearle un paso, que iban marcando ellos con cruces colocadas de trecho en trecho.

A principios del mes de mayo los cruzados sentaron sus reales en el valle en que está situada Nicea. La primera, pero no la menos terrible de las luchas que sellaron esta heroica expedición, se iba á empeñar muy pronto.

No lejos de allí, bajo los ilustres muros de Troya, no se habían consumado tantas hazañas en diez años

el Diablo, quiere coronar su vida agitada por la peregrinación á Jerusalem. Vuelve al través del Asia Menor y halla en Nicea una muerte rodeada de circunstancias misteriosas.

Las primeras cruzadas, cuerpos de milicia que conducen Pedro el Ermitaño y Gauthier Sans-Avoir vienen en 1096 y en número de trescientos mil, á desembarcar en Guemlek, la antigua *Cius* que los historiadores contemporáneos llaman *Civiot*. Es el punto en que el lago Ascanio descarga en la mar el gran caudal de sus aguas. Los cruzados avanzan hácia Nicea; el sultan los encuentra á la orilla derecha del lago, cerca del pueblo moderno de *Bazardjyk*, y hace en ellos una horrible carnicería.

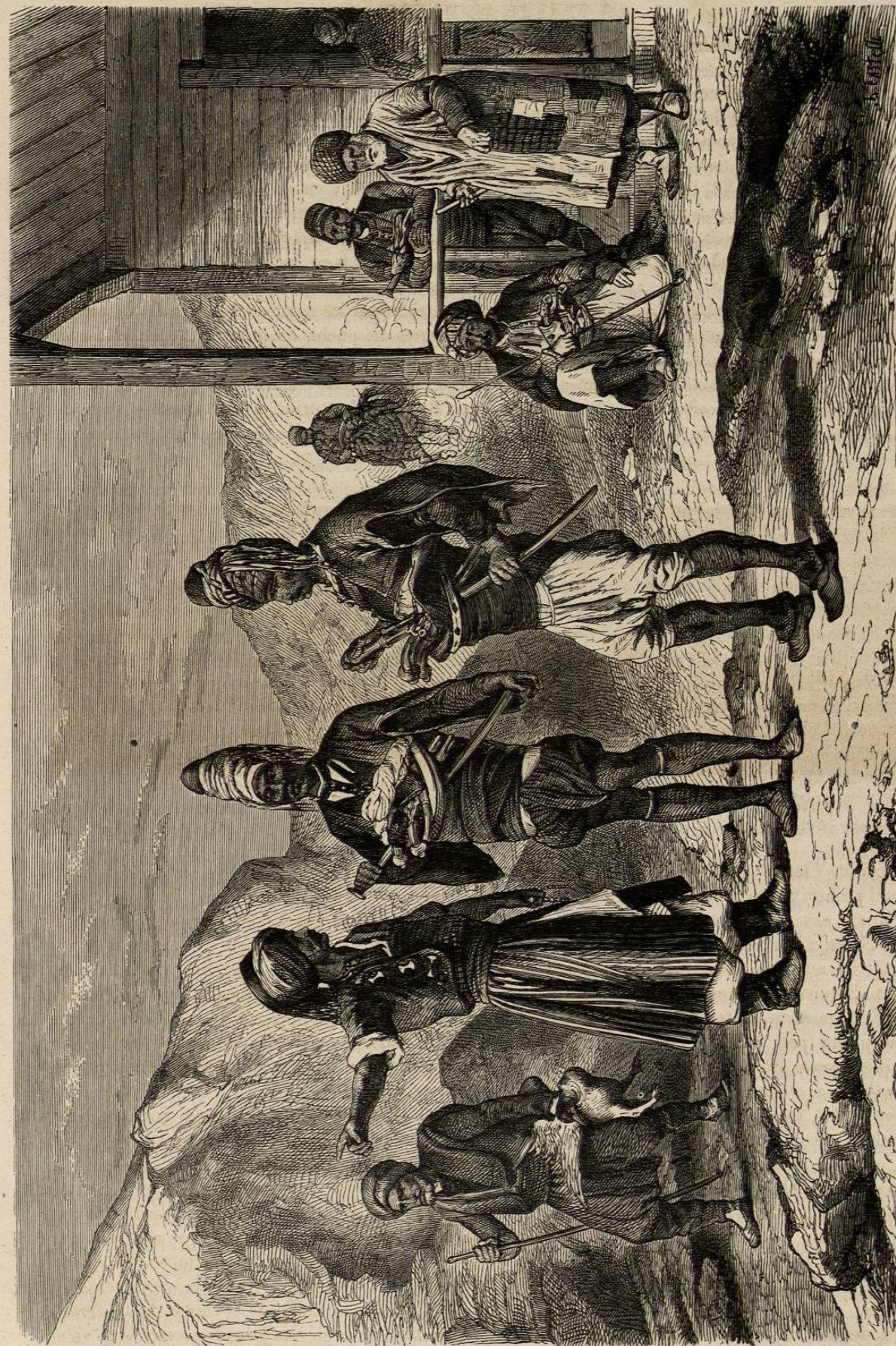
El grande ejército mandado por Godofredo de Bouillon, Bohemundo, príncipe de Tarento y su sobrino Tancredo, el duque de Normandía, los condes de

como en Nicea durante las siete semanas de cerco.

Con pesar resisto al deseo de transcribir aquí las relaciones que nos han dejado los historiadores contemporáneos, Alberto de Aix, Guiberto de Nogent, Roberto el Monge, Guillermo de Tiro. Cuando se visita á Nicea ó se trasporta uno á ella con la imaginación, es menester verla al través de este prisma de recuerdos y reproducir en cada uno de los puntos de su territorio las famosas escenas tan bien contadas por nuestros antiguos analistas.

Aquí, el combate que el sultan Soliman-Kilig-Arstan, salido de los desfiladeros del Olimpo, desde donde espía los movimientos de los sitiadores, dió al conde de Tolosa en el momento en que instalaba sus tiendas frente á la puerta del Mediodía, le costó cuatro mil musulmanes, teniendo que volver en gran desorden á guarecerse en las montañas. El mas caballeresco de los cruzados, Tancredo, cuya verdadera fisonomía ha desnaturalizado el cantor de la *Jerusalén libertada*, hizo en esta jornada prodigios de valor.

Allí Godofredo de Bouillon, avanzando él solo hasta



TIPOS DE ANATOLIA.—Campesino turco.

Jefe de caravana de la parte oriental de Anatolia.

Zeibeks del Tmolus.

Propietario turco.

Zapties.

Derviche mendigo.

el pie de las murallas, cogió una honda, y como otro David, dió la muerte á un sarraceno de colosal estatura, que desde lo alto del muro insultaba á los sitiadores.

Por todas partes ballestas, torres armadas batiendo de cerca, quebrantando, conmoviendo las murallas que se refuerzan al punto; llevando á la altura de las almenas intrépidos combatientes, que caen con frecuencia abrasados por materias inflamables ó aplastados bajo el peso de las piedras que los soldados de Soliman hacen llover sobre ellos sin descanso. Y así hasta el día en que un ingenioso lombardo construyó un abrigo capaz de resistir á todas las hostilidades, y minando el muro por su base, practica una brecha que quita á los sitiados la esperanza de resistir por mas tiempo.

A la vez los cruzados, gracias á esfuerzos sobre-humanos, hacen en una noche salvar por tierra el espacio de muchas millas á grandes barcas, que transportan desde el puerto de Civitot hasta el lago de Nicea. A la mañana siguiente los habitantes de la ciudad se ven con indecible sorpresa bloqueados por esta improvisada flotilla del lado en que sus comunicaciones exteriores habian quedado libres hasta entonces; y la princesa, mujer de Soliman, huyendo en una canoa, cae en manos de sus enemigos. No tienen ya los sitiados mas recurso que capitular. Pero entonces, como se ha visto mas de una vez en la historia, lo que el valor supo conquistar, la astucia lo atrae á su provecho.

El emperador Alejo habia enviado un pequeño destacamento de griegos auxiliares á Godofredo de Bouillon, menos sin duda por favorecerlo que por servir su propia política.

El jefe de esta tropa, llamado Butumitès por los griegos, y que los historiadores de las cruzadas nombran Tatin, penetró secretamente en la plaza y persuadió á sus habitantes de que Alejo seria para ellos un amo mas clemente que el jefe de los cruzados. Estos no vieron sin indignacion el estandarte de Bizancio flotar sobre los muros de Nicea; pero estaban ligados por imprudentes juramentos y ansiaban emprender otras conquistas. Levantando pues el campo el 25 de junio, se pusieron en marcha hácia el Mediodía. Cinco dias despues debian hallar en el valle de Thymbris nueva ocasion de combatir y triunfar.

Nicea cambió aun de señores mas de una vez. Desde 1106 los sultanes Seljucidas habian vuelto á entrar en ella. A fines del siglo XII, despues de un sitio, cuyo término fue señalado por crueldades espantosas, los emperadores de Bizancio se apoderaron otra vez de ella, tomándola por capital, mientras que los latinos ocupaban á Constantinopla. Teodoro Lascaris fue allí coronado en 1203.

Por último, en el siglo siguiente (1330), á conse-

cuencia de un largo sitio y obligados por el hambre los habitantes de Nicea abrieron sus puertas al sultan Orkan, y desde entonces no se les ha disputado ya su posesion á los osmanlis.

Nicea es en el día una pequeña ciudad que puede contener unos dos mil habitantes, cristianos en gran parte.

Verjeles y jardines, si puede darse este nombre á las cercas llenas de grandes yerbas y matorrales entre los cuales descuellan algunos árboles frutales, adornan las cercanías de las murallas al E. y al N.

Por este lado, antiguos acueductos traen de la montaña buenas y abundantes aguas; pero una parte de ellas se pierde sin duda en el trayecto, y por falta de fosos de salubridad empapan la tierra, que en este punto ha venido á ser un pantano. Esto contribuye á hacer de Nicea una de las ciudades del Asia Menor donde la fiebre es mas constante.

No hay sin embargo que acusar únicamente á la administracion actual: en la antigüedad la insalubridad de sus aires habia sido ya notada.

El lago ofrece al viajero hermosas vistas; pero los habitantes del pais no sacan de él ningun partido, ni para los trasportes, ni siquiera para la pesca de que ciertamente abunda. En él no se ve barco ninguno. Si este pueblo conoce alguna vez tiempos mejores, la canalizacion del riachuelo que une á la mar el lago de Nicea, será un trabajo fácil y fecundo en resultados.

Por lo que hace á nosotros, hemos recibido en Nicea una hospitalidad inolvidable. El mudir, los notables, los zapties nos han acompañado á todas partes manifestando siempre el mas vivo deseo de agradarnos.

Se nos habia instalado en la gran sala de un konak recientemente construido, pieza situada en el piso bajo con numerosas ventanas á un patio cubierto, en cuyo centro hay una gran taza de mármol blanco, bello recipiente de un caño de agua. Hay allí como un pálido reflejo del antiguo esplendor de Nicea.

#### V.

De Nicea á Bursa por Yeni-Schcher.—Historia de Bursa.—Monumentos.

Dejando á Nicea, seguimos algun tiempo la orilla oriental del lago: despues, habiendo llegado al pie de las montañas que cierran el valle por el lado del Mediodía, trepamos una pendiente asperísima por una senda cortada en la roca, mirando mas de una vez hácia atrás por gozar el bello espectáculo que el lago presenta visto desde estas alturas.

Muy luego vemos hasta una docena de ginetes apostados en las cumbres que nos dominan aun, los cuales se lanzan al galope en nuestra direccion.

¿Es una emboscada? ¿Es menester ponernos en

guardia? La incertidumbre no puede durar mucho tiempo. A cien pasos de nosotros detienen sus caballos, y su jefe, vestido de funcionario de la Puerta, avanza solo saludándonos respetuosamente con la mano.

Es el *kaimakan* de Yeni-Schcher, que habiendo tenido aviso de nuestro próximo paso, viene atentamente á recibirnos. Los diferentes servidores de su casa lo acompañan segun costumbre, llevando cada cual el traje y las insignias de sus respectivas funciones: el *katib* (secretario), el *tchibukdjí* (1), los *zapties*, etc. Las dos escoltas fraternizan desde luego y se mezclan; despues continuamos nuestra marcha en compañía del *kaimakan*.

Todavía caminamos una hora antes de llegar á Yeni-Schcher, mitad al través de los bosques y barrancos, mitad por una llanura fértil donde el pueblo está situado. Tres horas despues de nuestra salida de Nicea entramos en Yeni-Schcher.

La poblacion, en quien la solemne partida de su primer magistrado hubo de escitar curiosidad, se apresura á vernos llegar: los niños con sus vistosos trajes brincan y corren entre los pies de los caballos; los hombres permanecen inmóviles y silenciosos á lo largo de las paredes de las casas, y las mujeres al través de las puertas y ventanas entreabiertas, nos hechan miradas furtivas.

Las casas de Yeni-Schcher están construidas de tapias de tierra como las de Ak-Serai, y el mismo *konak* es un edificio harto mezquino. Pero la acogida que se nos hace corona dignamente las primeras atenciones del *kaimakan*. Antes de la comida, nos presenta los miembros de su *medjlis*, entre los cuales figuran un anciano casi centenario. Esta longevidad no es rara entre los mil ó mil quinientos habitantes de Yeni-Schcher.

Gózase aquí un clima saludable: el territorio de la *Casa* cubre la alta esplanada comprendida entre los valles de Nicea y Bursa. El suelo es de buena calidad y produce granos, tabaco, sorgo; pero en la estacion esta en que la visitamos nosotros, el sol calcina la tierra y hace desaparecer la pequeña vegetacion: los árboles si conservan su espléndido verdor.

El 30 á las siete de la mañana salimos de Yeni-Schcher, precedidos de todos los *zapties* del *kaimakan*, que á un cuarto de legua de la poblacion se despiden de nosotros quedando tres para escolta.

Despues de haber caminado por espacio de algunas horas, llegamos á la vuelta meridional de esta gran esplanada: las cumbres del Olimpo se ofrecen de nuevo á nuestra vista, que baja luego hasta su base abrazando las lejanas perspectivas del bello valle de Bursa.

(1) El que sirve la pipa, empleo importante en las casas turcas.

Descendemos por un rápido sendero abierto entre el lujo de la mas rica vegetacion: plantaciones de moreras, bosques de zarzas y chaparros, yerbazales ya secos entre el ramaje espeso de un bosque salvaje... En medio de esta explosion espontánea de la naturaleza, véñese de trecho en trecho campos cultivados; los torrentes trazan por allí á su paso anchas y profundas huellas, y las piedras arrancadas de alguna antigua via, se oponen como un obstáculo allí donde los señores del pais las habian colocado para comodidad del viajero.

El sendero está sombreado en gran espacio por un bosque de castaños seculares: bajo esta cóncava frondosidad encontramos una boda; tañedores de flauta y tamboril marchan delante; la novia y sus compañeras están acostadas sobre los cojines de un *araba* (1); el novio sigue á caballo, rodeado de parientes y amigos. La actitud de todos es tan grave y la música tan triste, que mas parece una ceremonia fúnebre, que una fiesta de desposorios.

Al ponerse el sol, despues de diez horas de marcha, aparece á nuestros ojos Bursa, como una guirnalda de minaretes y cúpulas suspendida á los lados del Olimpo. Para penetrar en ella es preciso trepar antes por una cuesta pedregosa; pero muy pronto nuestra gente invade las oscuras galerías del Bazar, luego una serie de angostas y escarpadas callejuelas.

Atravesar una ciudad al oscurecer no es el menos penoso de los trabajos reservados al viajero que explora la Turquía. Nada de alumbrado en las calles, ni aun siquiera tiendas abiertas cuyas luces pudieran prestar al exterior alguna claridad.

Mil ángulos, salidas y estorbos erizando las paredes de las casas; montones de piedras en el piso y hoyos y barrancos y hasta perros dormidos ó muertos. Los caballos no marchan ya, resbalan, patinan, tropiezan, se levantan. Preciso es abandonarse á ellos, encomendar el alma á Dios como hace un náufrago, y esperar que esta ola viva, despues de habernos quebrantado contra los arrecifes, nos deje en fin en la puerta de algun *konak* ó parador de caravana.

Y estas angustias se prolongaron en nosotros cerca de media hora, porque la fonda del Olimpo en que habíamos de parar, está situada en un barrio precisamente opuesto al punto de nuestra entrada.

Bursa y Esmirna son las únicas ciudades del Asia Menor provistas de hoteles y fondas á la europea.

Bursa está solamente á cinco leguas del pequeño puerto de Mudania, unida á Constantinopla por una línea de vapores. Todos los que visitan la capital de los Estados Otomanos deberian hacer esta excursion; muchos viajeros la emprenden todos los años. Las

(1) Carreta cubierta adornada de paños y tirada por bueyes, salvo alguna rara excepcion de las grandes ciudades. Es el único género de carruajes usado en Turquía.